

Lucy Maud Montgomery

Ana de Tejas Verdes



 Bruño

Ana,
la de Tejas Verdes

LUCY MAUD MONTGOMERY

 Bruño

Título original: *Anne of Green Gables*

Traducción: © Roberto Vivero Rodríguez, 2022

Ilustraciones: © Laura Catalán Eraso, 2022

© Grupo Editorial Bruño, S. L., 2022

Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.brunolibros.es

Dirección Editorial: Begoña Lozano

Edición: Cristina González

Diseño de cubierta: Elsa Suárez

Preimpresión: Equipo Bruño

ISBN: 978-84-696-6661-6

Depósito legal: M-10604-2022

Printed in Spain

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Pueden utilizarse citas siempre que se mencione su procedencia.



Ana, la de Tejas Verdes

LUCY MAUD MONTGOMERY



Traducción de Roberto Vivero
con ilustraciones de Laura Catalán

 **Bruño**

*Las buenas estrellas
se encontraron en tu horóscopo
y te hicieron todo espíritu, fuego y rocío.*

R. BROWNING

A la memoria de mi padre y de mi madre.

L. M. MONTGOMERY



CAPÍTULO I



LA SEÑORA RACHEL LYNDE
SE LLEVA UNA SORPRESA

La señora Rachel Lynde vivía justo donde el camino principal de Avonlea terminaba descendiendo en un pequeño valle bordeado con alisos y zarcillos y atravesado por un arroyo que nacía en los bosques de la vieja casa de los Cuthbert y que, al comienzo de su curso, tenía fama de ser intrincado y torrencial, con oscuros y secretos pozos y cascadas. Pero cuando llegaba a Lynde's Hollow era un pequeño, manso y recto riachuelo, ya que ni siquiera un arroyo podía pasar por delante de la puerta de la señora Rachel Lynde sin el debido respeto a la decencia y el decoro. Probablemente sabía que la señora Rachel estaba sentada junto a la ventana observando con ojo atento todo lo que pasaba, ya fuesen arroyos o niños, y que si notaba algo extraño o fuera de lugar no descansaría hasta haber descubierto el porqué.

Tanto en Avonlea como fuera de allí hay muchísima gente que está tan pendiente de los asuntos

de sus vecinos que descuida los suyos propios, pero la señora Rachel Lynde era una de esas competentes personas que pueden atender al mismo tiempo sus propios asuntos y los de los demás. Era una estupenda ama de casa que siempre hacía bien su trabajo. «Dirigía» el Círculo de Costura, ayudaba en la escuela dominical y era el más sólido pilar de la Sociedad de Ayuda de la Iglesia y Auxilio en las Misiones en el Extranjero. Y aun con todo esto, la señora Rachel encontraba tiempo para sentarse durante horas junto a la ventana de la cocina mientras tejía colchas (ya había confeccionado dieciséis, como decían con tono reverente las amas de casa de Avonlea) sin apartar la vista del camino principal que cruzaba el valle y se alejaba ascendiendo, serpenteante, por la empinada colina roja. Como Avonlea ocupaba una pequeña península triangular que se adentraba en el golfo de St. Lawrence, todo el que salía o entraba debía tomar el camino de la colina y, por tanto, también someterse a la penetrante mirada de la señora Rachel.

Y allí estaba sentada una tarde a principios de junio. El sol, cálido y brillante, entraba por la ventana. El huerto en la ladera bajo la casa resplandecía en una explosión de flores blancas y rosas sobre las que bullía un sinnúmero de abejas. Thomas Lynde (un hombre pequeño y manso al que

las gentes de Avonlea llamaban «el marido de Rachel Lynde») estaba sembrando en los campos de la colina al otro lado del granero. Y también Matthew Cuthbert debería estar sembrando en el gran campo rojo del arroyo, más allá de Tejas Verdes. La señora Rachel sabía que debería estar ocupándose de eso porque la pasada noche, en el almacén de William J. Blair en Carmody, le había oído decirle a Peter Morrison que tenía intención de sembrar la tarde siguiente. Por supuesto, Peter se lo había preguntado, porque a Matthew Cuthbert no se le conocía precisamente por dar información de manera espontánea.

Y, con todo, allí estaba Matthew Cuthbert, a las tres y media de la tarde de un día laborable, conduciendo plácidamente su calesa por el valle y colina arriba. Es más, llevaba cuello blanco y sus mejores ropas, lo que demostraba que iba a salir de Avonlea. Y había cogido la calesa y la yegua alazana, lo que significaba que pensaba recorrer una distancia considerable. Pero ¿adónde iba Matthew Cuthbert y por qué razón?

Si se tratara de cualquier otro hombre de Avonlea, después de unir todas aquellas pistas la señora Rachel se habría aventurado a responder a aquellas dos preguntas. Pero Matthew salía de casa en tan pocas ocasiones que debía de tratarse de algo urgente y nada habitual. Era un hombre muy

tímido y detestaba ir a cualquier lugar donde se encontrara entre extraños o donde tuviese que hablar. Matthew con cuello blanco y en calesa no era algo que sucediera con frecuencia. Por más que reflexionó, a la señora Rachel no se le ocurrió nada, y eso echó a perder todo el disfrute de su tarde.

—Iré a Tejas Verdes después del té para que Mairilla me cuente adónde ha ido Matthew y por qué —concluyó la digna mujer—. En esta época del año no suele ir a la ciudad y *nunca* hace visitas. Si se hubiera quedado sin semillas, no se habría vestido tan elegantemente y no habría cogido la calesa para ir a comprarlas. No conducía tan deprisa como para ir en busca del médico, así que algo ha debido de suceder desde anoche. Estoy desconcertada y mi cabeza no descansará hasta saber qué ha hecho que Matthew Cuthbert salga así de Avonlea.

Y, en efecto, después del té se puso en marcha. No tuvo que ir muy lejos, pues la casa grande, laberíntica y rodeada de huertos donde vivían los Cuthbert se encontraba apenas a medio kilómetro de Lynde's Hollow, aunque el largo sendero hacía que pareciese más lejos. El padre de Matthew, tan tímido y callado como su hijo, se había alejado todo lo posible de los vecinos para levantar su hogar, hasta casi internarse en los bosques. Tejas Verdes se construyó en el borde más alejado de sus tierras, y allí seguía, casi invisible desde el



camino principal a lo largo del que, más sociables, se encontraban las otras casas de Avonlea. Para la señora Lynde, vivir allí no era vivir *de verdad*.

—Eso es *estar*, nada más —se dijo mientras avanzaba por el sendero lleno de baches, cubierto de hierba y bordeado de rosales silvestres—. Viviendo ahí ellos solos, no es de extrañar que Matthew y Marilla sean un poquito raros. Los árboles no hacen mucha compañía. Yo prefiero ver gente. Pero sí, ellos parecen felices, imagino que porque se han acostumbrado. Los cuerpos se acostumbran a todo, incluso a que los ahorquen, como decía un irlandés.

La señora Rachel dejó el sendero y entró en el jardín trasero de Tejas Verdes, que estaba muy bien cuidado, con majestuosos sauces a un lado y primorosos álamos al otro. En el suelo no había ni un palo ni una piedra, pues de haberlos habido, la señora Rachel los habría visto. En su opinión, Marilla Cuthbert barría el jardín con la misma frecuencia con la que ella barría su casa. Se podía comer directamente en aquel suelo sin tener que quitar ni una mota de polvo.

La señora Rachel llamó cortésmente a la puerta de la cocina y entró en cuanto la invitaron. La cocina de Tejas Verdes era un lugar alegre, o más bien lo sería si no estuviese tan limpia que parecía un salón sin usar. Sus ventanas miraban hacia el este



y el oeste, y por esta última, que daba al jardín trasero, entraba a raudales la suave luz de junio. Pero la ventana orientada al este, desde la que se veían las flores blancas de los cerezos en el huerto y, más abajo, junto al arroyo, elegantes abedules, estaba cubierta por una maraña de enredaderas. Ahí solía sentarse Marilla Cuthbert, siempre un poco desconfiada de la luz del sol, pues le parecía demasiado danzarina e irresponsable para un mundo que había que tomarse en serio. Y ahí estaba sentada ahora, tejiendo, con la mesa a su espalda ya preparada para la cena.

Incluso antes de cerrar la puerta, la señora Rachel ya había tomado nota mental de absolutamente todo lo que había sobre la mesa. Contó tres platos, así que Marilla debía de estar esperando a que Matthew regresara acompañado. Pero los platos eran los de diario, y solo había manzanas en almíbar y un único tipo de pastel. Por tanto, la esperada compañía no debía de ser nada especial. Entonces, ¿a qué venían el cuello blanco de Matthew y la yegua alazana? La señora Rachel estaba cada vez más intrigada por aquel extraño misterio sobre los tranquilos y nada misteriosos habitantes de Tejas Verdes.

—Buenas tardes, Rachel —saludó energicamente Marilla—. Hace una tarde espléndida, ¿verdad? ¿No quiere sentarse? ¿Cómo están los suyos?



Entre Marilla Cuthbert y la señora Rachel siempre había existido algo que, a falta de un nombre mejor, se podría llamar «amistad», a pesar de (o tal vez gracias a) lo diferentes que eran.

Marilla era una mujer alta y delgada, angulosa y sin curvas. En su pelo negro ya se veían algunas canas y siempre lo llevaba tensamente recogido en un moño atravesado por dos agresivas horquillas. Parecía una mujer de experiencia limitada y de ideas fijas, y en efecto así era. Pero había algo en su boca que, si lo hubiese desarrollado un poco, podría considerarse como una señal de sentido del humor.

—Estamos muy bien —respondió la señora Rachel—. Temía que no estuviera usted en casa, porque vi cómo Matthew se marchaba. Pensé que a lo mejor iba a buscar al médico.

Marilla hizo una mueca de comprensión. Esperaba que la señora Rachel fuese a visitarla. Sabía que ver a Matthew salir del pueblo sería demasiado para la curiosidad de su vecina.

—Oh, no. Estoy bien, aunque ayer tuve un terrible dolor de cabeza —contestó—. Matthew ha ido a Bright River a recoger a un niño de un orfanato de Nueva Escocia que llega hoy en el tren.

Si Marilla hubiese dicho que Matthew había ido a Bright River para encontrarse con un canguro australiano, la señora Rachel no se habría queda-



do tan asombrada. De hecho, se quedó pasmada durante cinco segundos. Era imposible que Marilla le estuviese gastando una broma, pero a la señora Rachel casi no le quedó otro remedio que suponerlo.

—¿Habla en serio? —preguntó cuando recuperó la voz.

—Por supuesto —respondió Marilla, como si traer niños de un orfanato de Nueva Escocia fuese parte del trabajo habitual de primavera en una granja de Avonlea.

La señora Rachel sintió una fuerte sacudida mental. «¡Un chico!», pensó. «¡Marilla y Matthew han adoptado a un chico! ¡De un orfanato! ¡El mundo se está volviendo loco! ¡Después de esto, ya nada puede sorprenderme! ¡Nada!».

—¿Quién diablos les ha metido esa idea en la cabeza? —preguntó con tono de reproche.

Habían tomado aquella decisión sin su consejo, por lo que debía desaprobársela.

—Llevábamos algún tiempo pensándolo... De hecho, durante todo el invierno —contestó Marilla—. Un día, antes de Navidad, la señora de Alexander Spencer estuvo aquí y dijo que en primavera iba a traerse a una niña del orfanato de Hopeton. Su prima vive allí, y la señora Spencer la ha visitado y sabe cómo funciona todo. Desde entonces, Matthew y yo hemos hablado sobre el



tema y pensamos acoger a un chico. Matthew se está haciendo viejo, ya ha cumplido los sesenta, y no tiene las fuerzas de antes. Además, su corazón le molesta bastante. Y ya sabe lo desesperadamente difícil que es contratar a alguien para que te ayude. Solo se puede recurrir a esos estúpidos y medio desarrollados chicos franceses. Y en cuanto consigues que aprendan algo y hagan las cosas a tu manera, se van a las fábricas de conservas de langosta o a Estados Unidos. Al principio, Matthew propuso traer a casa un chico inglés, pero yo me negué en redondo. «Puede que sean buenos, no digo lo contrario, pero no quiero vagabundos londinenses en mi casa», le dije. «Por lo menos, que haya nacido aquí. Sea quien sea, supondrá un riesgo, pero yo me quedaré más tranquila si al menos es canadiense». Así que al final decidimos pedirle a la señora Spencer que nos trajese uno cuando fuese a buscar a su chica. La semana pasada oímos que iba a ir, así que le mandamos recado para que nos trajese un chico inteligente de diez u once años. Pensamos que esa era la mejor edad: lo bastante mayor para resultar útil en algunas cosas y lo bastante joven para enseñarle a nuestra manera. Tenemos la intención de darle un buen hogar y formación escolar. Hoy recibimos un telegrama de la señora Spencer, el cartero nos lo trajo desde la estación, que decía que llegarían en el tren de las



cinco y media. Así que Matthew ha ido a buscar al chico a Bright River porque la señora Spencer lo dejará allí antes de seguir hasta White Sands.

La señora Rachel se enorgullecía de decir siempre lo que pensaba, y después de ajustar su actitud mental ante todas aquellas increíbles noticias, fue lo que hizo.

—Bien, Marilla, sinceramente le digo que me parece que están haciendo una soberana tontería. Corren un gran riesgo, eso es. No tienen idea de lo que van a meter en casa. Traer un chico del que no saben nada, ni cómo es él, ni cómo eran sus padres, ni cómo va a salirles... Mire, la semana pasada leí en el periódico que un hombre y su mujer, en el norte de la isla, adoptaron a un chico de un orfanato y, por la noche, el crío prendió fuego a la casa, *¡a propósito*, Marilla!, y casi los achicharra en la cama. Y conozco otro caso en el que un chico adoptado solía sorber huevos y no pudieron conseguir que dejase de hacerlo. Si me hubiera pedido consejo, cosa que no ha hecho, Marilla, le habría dicho que, por lo que más quiera, se olvidara del asunto.

Aquellas palabras, tan bienintencionadas como desalentadoras, no parecieron molestar a Marilla, que siguió tejiendo como si tal cosa.

—No niego que lleve algo de razón, Rachel. Yo también tenía mis dudas. Pero Matthew estaba tan



decidido que cedí. Es tan raro que Matthew se empeñe en algo, que cuando lo hace siento que debo ceder. Y en cuanto al riesgo, lo hay en casi todo lo que hacemos. Por ejemplo, cuando se tienen hijos. No siempre salen bien, ¿verdad? Y Nueva Escocia está cerca de aquí. No es como si lo trajésemos de Inglaterra o de Estados Unidos. No puede ser muy diferente de nosotros.

—Entonces espero que todo vaya bien —dijo la señora Rachel con un tono que daba a entender sus grandes dudas—. Pero si el chico prende fuego a Tejas Verdes o echa estricnina en el pozo, luego no diga que no se lo advertí. Por lo que oí, un huérfano hizo eso en New Brunswick y toda la familia que lo había acogido sufrió una terrible agonía. Solo que en esa ocasión era una niña.

—Bueno, es que en nuestro caso no será una niña —respondió Marilla, como si envenenar pozos fuese algo exclusivo de las chicas—. Jamás se me pasó por la cabeza traer a una niña. Me extraña que la señora de Alexander Spencer haya hecho algo así, aunque si se le hubiera metido en la cabeza, seguramente habría adoptado a todo el orfanato.

A la señora Rachel le habría gustado quedarse allí hasta que Matthew regresara con aquel huérfano, pero después de calcular que faltaban unas dos horas, decidió ir a casa de Robert Bell para



contar la noticia. Causaría sensación, y a la señora Rachel le gustaba impresionar. Así que se marchó, para alivio de Marilla, que veía que sus dudas y miedos aumentaban debido al pesimismo de su vecina.

—¡Vaya, por todos los santos del cielo! —exclamó la señora Rachel cuando volvió al sendero—. Me parece estar soñando. Lo siento por ese pobre chico. Matthew y Marilla no saben nada sobre niños y esperarán que sea más sabio y sensato que su propio abuelo, si es que el chico tuvo un abuelo, cosa que dudo bastante. Será muy extraño que haya un niño en Tejas Verdes. Nunca lo ha habido. Matthew y Marilla ya eran mayores cuando se construyó la casa nueva, si es que alguna vez fueron niños, algo difícil de creer cuando los miras. No me gustaría ser ese pobre huérfano. ¡Qué pena me da!

Eso fue lo que la señora Rachel les comentó a los rosales silvestres. Y si hubiese visto a la criatura que en aquel preciso momento esperaba pacientemente en la estación de Bright River, su compasión habría sido todavía más profunda.





© Laura Catalán, 2022

Lucy Maud
Montgomery



*Anna, las
Tijeras Verdes*

 Bruño